

XIX

SE vistió la montañesa su ropa de diario, falda y chaqueta de lanilla á cuadros blancos y negros; y apenas había tenido tiempo más que para frotarse apresuradamente el rostro con la toalla y atusarse el pelo ante un espejo todo estrellado por la alteración del azogue, cuando, oyendo dar las seis en el asmático reloj del comedor, salió de su cuarto andando de puntillas y bajó la escalera que comunicaba con la cocina, en aquel momento solitaria. Deslizóse por el corredor de las bodegas, que conducía á las elegantes habitaciones de la familia del Gallo; y apenas dió tres pasos por él, una mano musculosa, aunque llena y juvenil, asió la suya, y se sintió arrastrada, en medio de la obscuridad, hacia la puerta. Salieron de los Pazos, y, con deleite inexplicable, bebieron juntos la primer onda de fresco matutino.

Aunque el sol calentaba ya, aún se veía, sobre el azul turquesa del cielo, al parecer lavado y reavivado por el copioso *orvallo* nocturno, la faz casi borrada de la luna, semejante á la huella que sobre una superficie de cristal azul deja un dedo impregnado de polvillo de plata.

Sin decir palabra, asidos de la mano, caminando unidos, con andar ajustado y rápido, si-

guieron la linde de los trigos segados ya, humedeciéndose los piés al hollar la hierba y el tapiz de manzanillas todas empapadas de helado rocío, próximo á convertirse en escarcha. Cosa de un cuarto de hora andarían así, ascendiendo hacia la falda del monte, donde empezaban á escalonarse los paredones para el cultivo de las vides; y Perucho, en vez de aflojar el paso, lo apretaba más. A pesar de su ligereza de cabrita montés, Manuela mostró querer detenerse un instante.

—Anda, mujer; anda—dijo él imperiosamente.

—Hombre, ya ando... pero déjame tomar aliento. ¿Qué discurso es este de ir como locos?

—Es que no quiero que se despierten tu padre y el forastero, y te echen menos, y te envíen á buscar.

—¡El forastero! A tales horas dormiré como un santo. Buenos son esos señores del pueblo para madrugar. No sé cómo no crían lana en el cuerpo.

—Bien, bien... yo me entiendo y bailo solo. Desviémonos de casa lo más que podamos, y ya descansaremos después.

Al salir de la breve zona fértil y risueña del valle, empezaba el paisaje á hacerse melancólico y abrupto. Abajo quedaban los maizales, los centenos y trigales á medio segar, los Pazos con su gran huerto, su vasto soto, sus terrenos de labradío, sus praderías; y el sendero, escabroso, interrumpido muchas veces por peñascales, caracoleaba entre viñedos colgados, por

decirlo así, en el declive de la montaña. En otras ocasiones, al trepar por aquel sendero, la pareja se entretenía de mil modos: ya picando las moras maduras; ya tirando de los pámpanos de la vid, por gusto de probar su elástica resistencia y de descubrir entre el pomposo follaje el racimo de agraz en el cual empieza á asomar el ligero tono carminoso, parecido al rosado de una mejilla; ya bombardeando á pedradas los matorrales para espantar á los estorninos; ya rebuscando unas fresas chiquitas, purpúreas, fragantes, que se dan entre las viñas y son conocidas en el país por *amores*. Hoy, con la prisa que llevaba Perucho, no les tentaba la golosina. El mancebo subía por la recia cuesta con el sombrero echado atrás, la frente sudorosa, el rostro hecho una brasa (pues el sol se desembozaba y picaba de firme), y sosteniendo á Manuela por la cintura, ó, mejor dicho, empujándola para que anduviese más veloz. Al llegar á lo alto, cerca ya de la casa de la Sabia, la niña se detuvo.

—¿Qué te pasa?

—No puedo más... ahogo... ¡Rabio de sed!

—¿Sed? Allá arriba beberemos, en el arroyo.

—Tú por fuerza chocheaste. ¿A dónde señálas? ¿Al Pico-Medelo? ¿A los Castros?

—Pues vaya una cosa para asustarse. Ya tenemos ido más lejos.

—Si no bebo pronto, rabio como un can. No ves que con la prisa salí de casa en ayunas...

—Bueno, pues á ver si la señora María nos da

una *cunca* de leche. Pero despáchala luego, ¿estás? No te entretengas en conversación.

Ligera otra vez como una corza, á la idea de beber y refrescarse, cruzó Manuela bajo el emparrado, y empujó la cancilla de la puerta de la Sabia. La horrible vieja ya había dejado su camastro; pero sin duda por acabar de levantarse, ó á causa del calor, estaba sin pañuelo ni justillo, en camisa, con sólo un refajo de burdo picote, ribeteado de rojo: los copos de sus greñas aborascadas le cubrían en parte el negro pescuezo, sin ocultar la monstruosa papera.—¡Leche! Dios la dé,—contestó la sibila mirando de reojo á los dos muchachos. Todas las vacas enfermas; una recién operada, ya sabían los señoritos; ni tanto así de hierba con que mantenerlas; la fuente sequita y el prado que daba ganas de llorar... ¡Leche! Que le pidiesen oro, que le pidiesen plata fina; pero leche... Y ya Manuela, desalentada por las exageraciones de la bruja, iba á conformarse con un poco de agua y suero, que la hechicera aseguraba ser regalo de un yerno suyo. Pero Perucho le arrancó de las manos el cuenco de barro lleno de aquella insípida mixtura.

—Pareces tonta... ¿Que no hay leche? Vamos á ver ahora mismo si la hay ó no la hay.

Vertió el líquido que llenaba el cuenco, y se metió por el establo, medio atropellando á la vieja que se le atravesaba delante. ¡No haber leche! ¡No haber leche para él, para el nieto de Primitivo Suárez, para el hijo de Saotel, la que había estado más de diez años haciendo el caldo gordo y enriqueciendo á aquel atajo de pillos de

casa de la Sabia! Hasta piezas de loza estaba viendo en el vasar, que conocía porque en algún tiempo guarnecieron la cocina de los Pazos... ¡Tenía gracia, hombre, no haber leche! ¡Condenada bruja! Perucho se sentía animado de esa cólera que nos inflama, cuando llegamos á la edad adulta, contra las personas que hemos tenido que soportar, siéndonos muy antipáticas, en nuestra niñez. Determinado iba, si las vacas no tenían leche, á sangrarlas. Encendió un fósforo y alumbró las profundidades de la cueva: lo primero con que tropezaron sus ojos, fué con unas ubres turgentes, unos pezones sonrosados, lubricados por la linfa que rezumaba de la odre demasiado repleta. Arrimó el cuenco, echó mano... calentó con dos ó tres fricciones y golpecitos... ¡Santo Dios! ¡Qué chorro grueso, perfumado, mantecoso! ¡Qué bien soltaba la blanda teta su río de néctar, y qué calientes gotas salpicaban los párpados y labios de Perucho al ordeñar! ¡Qué espuma cándida la que se formaba en la cima del cuenco, rebosando en burbujas, que, al evaporarse, dejaban un arabesco, una blanca orla de randas sobre el barro! Loco de gozo, Perucho acarició el grueso cuello de la vaca, salió con su tazón lleno, y se lo metió á Manuela en la boca.

—¿Que no había leche, eh, señora María de los demonios?—gritó.—¿Que no había leche? Para mí lo hay todo, ¿me entiende V.? ¡Caracoles! ¡Como vuelva á mentir! ¡Por embustera le ha de dar el enemigo muchos tizonazos allá en sus calderas!

Manuela, retozándole la risa, bebía aquella gloria de leche, aquella sangre blanca, que traía en su temperatura la vida del animal, el calor orgánico á ningún otro comparable... Perucho la miraba beber con orgullo y ufanía, satisfecho de sí mismo, mientras la vieja, dejándose caer sobre el *tallo*, fijaba en la niña una mirada siniestra al través de sus cejas hirsutas: beberle la leche de su vaca era como chuparle á ella, por la sangría, el propio licor de sus venas.

—Aún parece que nos la está echando en cara, ¿eh, Sabia?

—Que les aproveche bien —murmuró entre dientes la sibila, con el mismo tono con que diría:—rejalgar se te vuelva.

—Vaya, pues ya que nos convida tan atenta y de tan buen corazón, aguarde, aguarde.—Y Perucho, llegándose al armario misterioso de la bruja, abriólo de par en par, y de entre cucuruchos de papel de estraza, frascos harto sospechosos, cabos de cera y naipes que ya tenían encima más de su peso de mugre, tomó un tanque de hojalata, entró de nuevo en el establo, y salió á poco rato con el tanque colmado de leche. Manuela podía beberse otra *cunca*, y á él también. Era justo que, por el trabajo de ordeñar, le tocase algo. Fué un golpe mortal para la hechicera. Al pronto se arrimó á la puerta con los brazos alzados al cielo, gimiendo y rogando al señorito que por Dios, *por quien tenía en el otro mundo*, no le secase la *vaquiña*, que de esta hecha se le moría, y el *cucho* también; y como Perucho respondiese con la más mofado

ra carcajada, se contó perdida ya, y se dejó caer en su asiento favorito, hecho de un fragmento de tronco de roble, volviendo la espalda por no ver desaparecer el contenido del tanque. La niña montañesa hizo dos ó tres remilgos antes de reincidir; pero así que llegó el cuenco á los labios, con indecible y goloso deleite lo apuró enterito, y aun se relamió al verle el fondo. Perucho dió fin al tanque, que llevaría tal vez cuenco y medio; y acercándose á la bruja, la descargó una palmada en el hombro.

—Vaya, señora María, abur... Tan amigos, ¿eh? No hay que enfadarse... Más que le bebimos ahora de leche tiene V. bebido de vino en la cocina de los Pazos... ¿Ya se le fué de la memoria? Y si me llevo este pedazo de brona—y enseñaba un zoquete que había sacado de la artesa—bastantes ferrados de maíz se ha comido V. allá á cuenta del padrino... ¡Conservarse!...

Salieron rápidamente, sin oír algo amenazador que rezongaba entre dientes la infernal bruja, ocupada sin duda en echarles cuantas maldiciones, plagas, conjuros y *paulinas* contenía su repertorio. A pocos pasos de la casa rompieron á reír mirándose.

—¿Eh? ¿Qué tal sabía la leche?

—Sabía á poco.

—¡Mujer! Dijéraslo, y te ordeño la otra vaca. La grandísima tal y cual de la vieja tiene dos paridas, con leche así, que les revienta por la teta, y nos quería dejar rabiarse de sed.

—No, bien bastó lo que hiciste... Nos queda echando plagas. Hoy nos maldice todo el santo

día. ¿Será cierto eso de que estas mujeres hacen mal de ojo cuando les da la gana? ¿Y de que maldicen á la gente y la gente se muere pronto?

—¡Mal de ojo! ¡Morirse!—y el estudiante se rió.—No, tontaña... Esas son mamarrachadas; bueno que las crea mi madre; pero, ¿quién da crédito á tal cosa?

—Pues á mí poca gracia me hace que me maldiga un espantajo así. De seguro que esta noche sueño con ella. ¡Qué horrorosa está con el bocio! ¿De qué se cogerán estos bocios, tú, Perucho?

—Dice que de beber el agua que corre á la sombra del nogal ó de la higuera.

—¡Ay! Dios me libre de catarla enjamás.

Caminaban charlando, con tanta alegría como los mirlos, gorriones, jilgueros, pardillos y demás aves, no muy pintadas pero asaz parleras, que en setos, viñedos y árboles cantaban sus trovas á la radiante mañana. La leche bebida parecía haberseles subido á la cabeza, según iban de alborotados y regocijados, y el cuerpo un poco magro de Manuela competía en agilidad con el robusto y bien modelado de Perucho. Echaban paso largo por las veredas anchas y practicables; y por las trochas difíciles, subían corriendo, disputándose la prez de llegar más pronto á la meta señalada de antemano: un árbol, una piedra, un otero. De cuando en cuando se volvía Perucho y miraba hacia atrás.

—Ya no se ven los Pazos—exclamaba con satisfacción, como si perder de vista la casa solariega fuese el objeto único de carrera tan desatinada.

¡Qué se habían de ver los Pazos! Ni por pienso. Es de advertir que Perucho no había tomado el camino del crucero, aquel camino para él de recordación tan trágica, sino que subía por la parte opuesta, hacia sitios mucho menos frecuentados; la dirección de Naya. Entraba á la sazón en los montes que forman la hoz, al través de la cual va cautivo, espumante y mugidor, el río Avieiro. Daba gusto pisar aquel terreno montuoso, tan seco, tan liso, y hollar el tapiz de flores de brezo, de tierno tojo inofensivo aún, los setos de madroñeros floridos, las matas de retama amarguísima, las orquideas finas, con olor á almendra, toda la seca y enjuta y balsámica flora montés, que convida al cuerpo á tenderse y le brinda un colchón higiénico, tibio del calor solar, aromoso, regalado, incomparable. De trecho en trecho, algún pino ofrecía fresca sombra, ambiente resinoso, quitasol que susurraba al menor soplo de viento... Manuela sintió que le pesaban los párpados, y el cuerpo se le enlanguidecía. ¡La maldita leche!

—¡Qué calor!—balbuceó.—De buena gana me tumbaba ahí, debajo de ese pino.

Perucho dudó un instante; luego, como si se le ocurriese una objeción, pero no quisiese expresarla, respondió:

—Ahí no. Yo te diré en dónde hemos de sentarnos.

La montañesa obedeció sin replicar. Desde tiempo inmemorial, desde que ella andaba aún á gatas, Perucho dirigía el paseo, la zarandeara á su gusto, la llevaba aquí y acullá, era el

encargado de saber dónde se encontraban nidos, frutos, sitios bonitos, hacia qué lado convenía dirigir el merodeo. Rara vez intentó sublevarse Manuela y apropiarse la dirección del grupo, y las contadas tentativas de independencia no produjeron más resultado que demostrar la indiscutible superioridad y maestría de su amigo. En el invierno, mientras Perucho se secaba en Orense, Manuela, instantáneamente y como por arte maravilloso, aprendía á manejarse solita y se encontraba de improviso profesora en topografía, conocedora de todos los caminos, rincones y andurriales del valle; pero esto duraba hasta el regreso de Perucho: volvía él, y la montañesa olvidaba su ciencia y volvía á descansar en su compañero, pasiva y gozosa.

Seguían caminando, apartándose gran trecho ya de los Pazos y descendiendo la corriente del río Avieiro por vereditas incultas, aquí encontrando un pinar, allá un grupo de carrascas verdinegras, más adelante un roble ufano de su robustez y de su hercúleo tronco, y siempre matorrales de madroño y retama, por entre los cuales no el pié del hombre, sino la naturaleza misma, había abierto senderos, análogos á tortuosas calles de parque inglés. La luz del sol, que ya tocaba al zénit, lo enrubiaba todo; encendía con tonos áureos la grama seca; daba color de ágata á las simientes de la retama; hacía transparentes, como farolillos de papel de seda carmesí, las flores del brezo; convertía en follaje de raso recortado los brotes tiernos de

las carrascas; calentaba con matices de venturina las hojas del pino; prestaba á la bellota verde el pulimento del jade; y en las alas vibrátiles de las mariposas monteses—esas mariposas tan distintas de las que se ven en terreno cultivado, esas mariposas que tienen colores de madera y hoja seca,—y en los carapachos de los escarabajos, y en la negra coraza y cuernos de las *vacas louras*, encendía tintas vivas, reflejos metálicos, esmaltes de oro, brillo negro de tallado azabache. La intensidad del calor arrancaba á los pinos todos sus olores de resina, á las plantas sus balsámicas exhalaciones; y entre el sol que le requemaba la sangre, y el vaho que se elevaba de la ebullición de la tierra, y la leche que le aletargaba el cerebro, Manuela sentía como un comienzo de embriaguez, el estado inicial de la borrachera alcohólica, que pareciendo excitación no es en realidad sino sopor; el estado en que las manos resbalan sobre el objeto que quieren asir, en que los movimientos del cuerpo no obedecen á la voluntad, en que nos sentamos sin pesar sobre la silla y nos levantamos y andamos sin estribar en el suelo, porque el sentimiento de la gravedad se ha amortiguado mucho, y nuestras percepciones son vagas y turbias, y parece que ha desaparecido la resistencia de los medios, la densidad de la materia, la dureza de las esquinas y ángulos, y que los objetos en derredor se han vuelto fluidos, y nuestro cuerpo también, y más que nada nuestro pensamiento.

No es desagradable el estado, al contrario y

la plétora de vida que produce se revelaba en el rostro de Manuela: sus ojos brillaban y su boca sonreía sin interrupción. La niña no preguntaba ya cosa alguna á su compañero: andaba, andaba tan ligera como se anda en sueños, sin sombra de cansancio, aunque apoyándose en Perucho y arrimándose á su cuerpo con instintiva ternura. Allá en la pequeña ladera del monte divisó la espadaña del campanario de Naya, que conocía, y le ocurrió pensar en el cura que podría darles un buen almuerzo de huevos y fruta á la sombra de la fresca parra que entolda la rectoral; mas sin duda no era este el propósito de Perucho, pues tomó otra dirección, volviendo la espalda al campanario y hundiéndose en una trocha que serpeaba entre pinos, y á cuyos lados se alzaban peñascos enormes, calvos y blancos por la cima, jaspeados de liquen y musgo por la base. Manuela se detuvo un momento; respiró; sus potencias se despejaron un poco al benéfico influjo de la temperatura menos ardorosa: miró en derredor, para saber dónde estaba. El Avieiro corría allá abajo, rumoroso y profundo, no muy distante.

Por aquella parte se ensanchaba la hoz, hacíase muy suave, casi insensible, el declive de las montañas, y el río, en vez de rodar encajonado, sujeto, con torsión colérica de serpiente cautiva, se extendía cada vez más ancho, bello y sosegado, ostentando la hermosura y gala soberana de los ríos gallegos, la margen florida, el pradillo rodeado de juncos, salces y

olmos, la placa de agua serena que los refleja bañando sus raíces, el caprichoso remanso en que el agua muere más mansa, más sesga, con claridades misteriosas de cristal de roca ahumado; la *frieira*, la gran cueva á la sombra del enorme peñasco, en que la sabrosa trucha busca la capa de agua densa y no escandecida por el sol; el cañaveral que nace dentro de la misma corriente, el molino, la presa, toda la graciosa ornamentación fluvial de un río de cauce hondo, de país húmedo, que recuerda las ideas gentilicas, las urnas, las náyades, concepción clásica y encantadora del río como divinidad.

La humedad que siempre sube de los ríos y la frescura de la vegetación, despabilaron más y más á la niña.

—Ya sé á dónde vamos—exclamó—á las Pol-dras. ¿Y después de pasado el Avieiro, á dónde? ¿Melo dices, ó está de Dios que no lo he de saber?

—Calla... Ya verás.

—Yo pensé que íbamos á Naya.

—¿Para qué? ¿Para encontrarnos con el cura y que nos llevase por fuerza á comer consigo?

—Pero... es que... comer, de todas maneras hay que comer en casa; y ya debe de ser tarde, tarde... No puedo tal día como hoy faltar de la mesa...

—A ver si te callas, tonta. ¡Eh... cuidado con caerte de hocicos por la rama del pino! Yo iré delante... La mano... ¡Así!

Con efecto, en las púas secas del pino los piés resbalaban como si el terreno estuviese untado de jabón.

XX

PAVINANDO sobre aquellas púas endiabladas, se deslizaron y corrieron hasta un grupo de salces inclinado hacia el borde del Avieiro. Oíase el murmurio musical del agua, y el ambiente, tan abrasador arriba, allí era casi benigno. Cruzaron por entre los salces desviando la maleza tupida de los renuevos, y vieron tenderse ante sus ojos toda la anchura del río, que allí era mucha, cortándola á modo de irregular calzada las pasaderas ó *poldras*.

En torno, y por cima de las anchas losas oscuras, desgastadas y pulidas como piedras de chispa por la incesante y envolvente caricia de la corriente, el río se destrenzaba en madejas de verdoso cristal, se aplanaba en delgadas láminas, bebidas por el ardor del sol apenas hacían brillar la bruñida superficie. Para una persona poco acostumbrada á tales aventuras, no dejaba de ofrecer peligro el paso de las *poldras*. Sobre que se movían y danzaban al menor contacto, no eran menos resbaladizas que la rama del pino. Nada más fácil allí que tomarse un baño involuntario.

—¿Hemos de pasarlas?—preguntó la montañesa, con una sonrisa que significaba, á ver cuándo determinas que paremos en alguna parte.